

15 de Junio de 1907. Año IV. N.º 84.

Redacción y Administración: Plaza de San Ildefonso, 1. Apartado en Correos n.º 336.

Muerte de un bandido

Las recientes disposiciones adoptadas por el inteligente coronel del 4.º tercio D. Manuel de la Barrera para la persecución del bandolerismo andaluz, disposiciones tan acertadas como activas, han dado ya los sazonados frutos que de ellas se esperaban.

Imposibilitada la permanencia del famoso bandido *Pernales* en la provincia de Sevilla, campo de acción de sus tristes hazañas le fué ya preciso buscar otro nuevo, y á la de Málaga encaminó sus pasos para continuarlas allí; no contó con que la previsión de la Guardia civil, adelantándose á su pensamiento le había cerrado toda entrada; obligado por ello á retroceder, encaminóse entonces á la provincia de Córdoba; aquí en su huída quiso, en la tarde del 30 de mayo último, entre Villafranca y Alcolea, cometer un robo á un rico hacendado, lo que no pudo realizar afortunadamente, por no ir la víctima presunta en el coche que al efecto detuvo.

Noticiosa á poco la Guardia civil, salió en su persecución el sargento D. Francisco Moreno Collantes con dos guardias Don Antonio Villegas Obrero y D. Antonio Redondo García, y tal acierto tuvieron en seguir sus huellas, que á la madrugada del 31 dieron con la partida del *Pernales*, constituída por él y otros tres sujetos más, todos montados en magníficos caballos, armados de rifles soberbios y dispuestos á pagar caras sus vidas.

Si para dar con ellos se había hecho verdadero derroche de sagacidad, de astucia, de conocimiento del terreno y de resistencia física, persiguiendo infantes á jinetes, para batirlos ahora era preciso acumular un tesoro de valor y de energía. A la voz de *alto* respondieron los bandidos con una descarga cerrada, de la que felizmente no hubo víctimas. Los resueltos guardias hacen fuego á su vez y logran ver caer herido á uno de la partida, la cual, aprovechando la semiobscuridad de la noche y la fragosidad de la sierra se bate en retirada, pero al cabo ante la acometividad de la Benemérita se ve en la precisión de dejar el herido, los caballos, alhajas y equipos y logra salvarse escalando picachos y utilizando las facilidades que les da una indumentaria ligera y una práctica que sólo ellos poseen.

No cayeron todos, es verdad; pero el encuentro fué un verdadero triunfo. El herido, que hubo de sostener lucha personal con el sargento y que luego murió, era Antonio López Martínez, el titulado *Niño Gloria*, subalterno ahora, jefe futuro y bandido de corazón y de abolengo, sobrino del apodado *Vizcaya;* perteneció á la partida de su tío, hallándose éste incorpo-

rado á la del *Vivillo*. Al separarse reñidos los dos últimos, quedó con su tío y cuando fué éste capturado se unió al *Pernales*, á quien quizá excediera en crueldad y malos instintos. Fuerte, joven, osado hasta la temeridad, era á quien *Pernales* confiaba todos los golpes difíciles, aquellos en los que había de ponerse á contribución mayor suma de audacia y de coraje.

En su historia criminal aparece el hecho de haber robado y forzado en Cazalla de la Sierra á una cortijera á presencia del marido, ejecutando después él y el *Pernales* actos indescriptibles que revelan la perversidad de los dos. Fué también quien preparó el secuestro del señor Blázquez, rico propietario de Antequera.

El retrato que publicamos, obtenido exclusivamente por nosotros, da á conocer su juventud, pero no revela esos rasgos que caracterizan al sujeto: tenía los labios gruesos, signo de una sensualidad exagerada, cicatriz en la frente y manchas como de quemaduras en las mejillas.



Niño Gloria.

Con la muerte de *Niño Gloria* la región andaluza se ha librado de un ladrón que superaba en condiciones, para hacerse famoso, á cuantos han adquirido renombre en los últimos años. Con algunos más de experiencia, pues sólo tenía veintiuno de edad, y erigido en jefe, como tenía que serlo en breve, dondequiera que cayese había de constituir un verdadero azote, quizá más terrible que los que sufre aquella comarca.

Felizmente, la perseverancia y los arrestos de la Guardia civil lo han evitado. De desear sería que se confirmase la noticia de haber herido en este encuentro al famoso *Pernales*, con lo cual el servicio resultaría doblemente importante; pero aun limitado á la muerte del *Niño Gloria*, han contraído los que lo prestaron mérito tan grande, que seguramente no escapará á la penetración de los llamados á apreciarlo y sabrán otorgar la recompensa merecida.

Con la mayor fidelidad posible tratamos de representar sus rasgos fisonómicos en el dibujo que origina este escrito, lamentando que la modestia de tan sufridos individuos no nos haya proporcionado sus retratos exactos, que con el mayor gusto publicaríamos.

Por nuestra parte, enviamos los más sinceros y entusiastas aplausos desde el coronel del Tercio, Sr. La Barrera, hasta el último guardia, que todos se esfuerzan, que todos rivalizan en deseo, en estímulo, y todos, con su conducta digna y levantada, aumentan los prestigios de una Institución ni bastante comprendida ni bastante alabada.

G. G. de la G.

Bandolerismo poderoso.

Cuando nuestros políticos estiman que es un argumento decisivo para la validez ó la nulidad de un acta, invocar la que llaman escandalosa presencia de la fuerza pública en el momento de la elección, se cuidan de ahuecar la voz y de recordar al mismo tiempo que el *Pernales* domina y triunfa por la campiña andaluza sin la persecución debida, agregando los consabidos tópicos *de vergüenza nacional*, *abandono de los Gobiernos* y demás lugares comunes que están reservados para producir efecto en esas ocasiones tan sólo.

Los que inocentemente forman su juicio por el que emiten personalidades tan salientes, estimarían que, en efecto, España es el país desventurado donde esas vergüenzas se registran únicamente y donde tales azotes se padecen. Sin embargo, quizá no haya pueblo alguno menos castigado por el bandolerismo organizado.

El bandido calabrés es legendario; en América no hay para qué citar esos audacísimos robos en campos y ciudades. Inglaterra cuenta con el ladrón fino é inteligente. Francia da un contingente extraordinario. Hasta las naciones menos sonadas y más diminutas tienen también *su gloria* en este punto.

En cambio, ninguna cuenta con un Cuerpo encargado de su persecución tan inteligente, activo y disciplinado como el que tiene España, Cuerpo que causa la admiración de cuantos le conocen y que sólo obtiene censuras, *siempre injustificadas*, de aquellos mismos que más motivos tienen de gratitud y reconocimiento.

El bandolerismo en Asia Menor confirma cuanto decimos. Hasta en aquel país ha creado un completo estado de inseguridad, tanto en el campo, como en la ciudad. Innumerables partidas de ladrones perfectamente organizadas resisten victoriosamente la acción de las fuerzas encargadas de perseguirlas.

Siete años hace que Fecha Ridji Mehemet se ha enseñoreado de las inmediaciones de la segunda capital de la nación, y roba, asesina, quema, aniquila y secuestra sin piedad á cuantos tienen la necesidad ó la desgracia de ir á aquélla, sin distinción de sexo ni edad.

En vano el Gobierno envía en su busca numerosos elementos militares que á tal fin acumula, mandados por jefes de los más altos prestigios. De cuando en cuando, una verdadera campaña se ha desarrollado contra él, en la que se libran encarnizados combates, y hasta ahora ni han logrado capturarle, ni se ha conseguido disminuir los efectos de sus malas artes.

No solamente es esta partida la que domina; á su sombra y amparo, otras muy numerosas, también, avasallan con actos trágicos distintas comarcas que tienen totalmente atemorizadas; en cambio, los jefes de esas partidas y cada uno de los individuos que las componen viven como grandes potentados. A tal punto llega su poder, que el Gobierno se ve en el caso de tratar, ó mejor *de intentar tratar con ellos mediante el empleo de sus mejores diplomáticos*. Cuando algún gobernador de región ó provincia ha pretendido obrar con energía, se han visto atropellados, ó han sido muertos por los facinerosos, sin que el Gobierno haya podido castigar tanta osadía.

Este estado de cosas ha concluído por inquietar considerablemente á la colonia europea, que ve sucederse los funcionarios encargados de asegurar el orden, sin poderlo lograr.

Recientemente acaba de ser secuestrado un rico propietario á 20 kilómetros de Smyrna. Conducido por los ladrones á unas montañas cercanas, piden por su rescate un millón.

A este estado no se ha llegado en España, ni felizmente se llegará, gracias no á las leyes, no á las costumbres, sino al elemento represor con que cuenta, muy superior al medio en que vive.

La industria criminal progresa á maravilla, sin detenerse ante la consideración de que las víctimas pertenecen á las más modestas clases sociales.

El nuevo procedimiento que acaba de ponerse en planta es el siguiente: una mujer, después de haber hecho anotar, por sus buenos oficios, en una agencia de colocaciones para serlo en condiciones muy ventajosas, á una criada desacomodada, conduce á ésta inmediatamente en coche; ante los grandes almacenes lo hace detener, pretextando la necesidad de una compra urgente; finge sorprenderse de no llevar dinero encima, lo pide prestado á la incauta doméstica, que, agradecida, se apresura á entregarle cuanto lleva y... ¡la del humo!

Clave de los sueños.

Agente.—Soñar que lo es de negocios, robo próximo.

Agente de Policía.—Confianza, seguridad.

Agonía.—Ver á alguno en ella, vida larga. Si se trata de pariente, sucesión lejana; si es de un extranjero, negocio feliz con el que no se contaba.

Ayuda.—Servir á alguien de ayuda, próximo viaje.

Aguila.—Ver volar una, prosperidad. Si el águila desciende, próxima muerte.

Agujas.—De coser, enojos. Si las agujas son de reloj, peligros. Si hay picadura con ellas, vuestra virtud peligra.

Alemán.—Soñar con alguno, grosesía, brutalidad.

Almanaque.—Desconfiad de vuestros amigos.

Amazona.—Ver una, desconfiad también de una intrigante.

América.—Ir á ella, presagios de fortuna.

Amigo.—Ver uno de ellos, afección sincera; ver varios, proposición de casamiento.

Almidón.—Inocencia reconocida.

Almirante.—Viajes largos.

Amor.—Traición, querella, perfidia.

Amputación.—Ver una, amigo en peligro; sufrirla, miseria próxima.

Asno.—Blanco, disgusto; negro, enfermedad de un pariente; que corre, peligro; tranquilo, la astucia os acecha.

Angeles.—Soñar con ellos, felicidad, gran alegría.

Animales.—Grupo numeroso en marcha, prosperidad. Si principian el viaje, curación de una enfermedad.

Anillo.—Obtener uno de casamiento, próxima boda; romperse, divorcio.

Arboles.—Subir á ellos, grandeza; caer de ellos, desgracia próxima; rotos por el viento, desesperación.

Aritmética.—Aprenderla, pequeño regalo.

Arlequín.—Ver uno, eres amado por una desconocida.

Armas.—Blanca, querellas; de fuego, complot.

Asfixia.—Vuestro trabajo encontrará la debida recompensa.

Justicia alemana.

Hablaban de nuestra tiranía colonial y de los abusos que cometíamos. Los alemanes, llenos de piedad, por sus súbditos, les tratan con una moderación á que nunca llegamos.

Véase la clase

Culpado de haberse apoderado de 750 marcos el negro Zebu, en la colonia de Togo, fué condenado á cinco años de cadena y á cincuenta azotes. Se le hicieron aplicar seguidamente veinticinco de estos y se le ató, pendiente de un palo, durante veinticuatro horas. No hubo tiempo de infligirle el resto de la pena, porque esta posición debió ser tan cómoda, que tuvo la *comodidad* de morirse en ella... y que hablen de crueldades españolas.

Astucia de un bandido.

En París, donde el servicio de Policía está bien montado y encomendado á personas de cultura nada vulgar, circunstancia indispensable para luchar con ventaja con los desalmados que pululan, parece que tampoco éstos se duermen y con rasgos de audacia responden á sus perseguidores.

Tenían orden de prender á un temible *apache* el inspector de seguridad Robin y su colega Labeyrie. Labor ímproba es dar en París con determinado *apache*, pero el celo y vigilancia de los dos policías puestos al servicio de la justicia venció los obstáculos, y cuando el criminal menos lo pensaba, en un frecuentado *boulevard* á altas horas de la noche, le echaron mano, intentando prenderle. *Bourderel*, que no otro era el *apache*, sin vacilar se aprestó á la defensa esgrimiendo en su mano un puñal. Los inspectores le acometen con valor y logran arrebatarle el arma. Ya viéndose perdido, se le ocurre una idea, grita ¡socorro! ¡que me matan estos dos hombres! Los transeuntes, viendo, con efecto, que dos hombres le acometían y que uno de éstos tenía en la mano un puñal, creyeron que efectivamente el que pedía auxilio era un inocente, y sin pensar más, se precipitaron sobre los dos policías, que por vestir de paisano son tomados por culpables; fueron arrollados sin darles tiempo á explicación alguna, y á no ser que providencialmente un testigo tuvo la buena idea de avisar á los guardias de *paix* y con su llegada se pusieron las cosas en claro, mal lo hubieran pasado los policías, pues fueron tomados en opinión del público por dos *apaches*.

Felizmente, la prisión del criminal se verificó; pero véase cómo fué sólo por una verdadera casualidad.

Estos ejemplos y otros nos testifican el progreso que en todo género de ardides realiza esa misteriosa banda de *apaches*, que entenebrecen la vida de la más alegre de las ciudades del mundo.

La criptografía de los mendigos.

Recientemente se descubrió que los sastres ingleses tenían ciertos signos especiales, mediante los cuales sabían qué clase de pagador era el nuevo cliente: con sólo examinar algunas puntadas, hechas de manera especial, aparecía la declaración deseada.

Otro tanto ha sucedido con los empleados de los hoteles. Según el modo de pegar la etiqueta en los baules, avisan los camareros á sus compañeros de los demás hoteles si el huésped da ó no propina, si es molesto, considerado ó exigente.

Ahora acaba de revelarse otro modo de entenderse é informarse los pordioseros de profesión. Esta inteligencia se realiza mediante algunos signos convencionales que la hacen comprensible para los de todos países, y que no pueden producir ninguna sospecha en los no iniciados.

Tal código secreto profesional se emplea especialmente en las ciudades, donde el riesgo de la detención por la mendicidad y la vagancia es mayor que en la población rural, y contiene las listas completas de las personas caritativas, á las cuales puede acudirse.

Las indicaciones criptográficas *(escritura convenida)* se colocan, generalmente, sobre las puertas de las casas, al lado opuesto del llamador y á una altura media de 1,50 metros del suelo: se hacen con tiza, pequeñas y poco visibles, para que sólo puedan serlo por el ojo experto del mendigo habitual.

Así, cuando un honrado y bondadoso vecino se extraña del gran número de pobres que llaman á su puerta, contrastando con otras á las qme nunca acuden, no sabe que es porque al lado de aquélla hay

○ *un circulito*, que anuncia su condición caritativa.

○○ *dos círculos* unidos ó entrelazados, indican que la casa es muy buena. En cambio, ante

† † † *tres crucecitas*, el mendigo no se arriesga á pedir, porque sabe que allí habita un agente de la autoridad que puede detenerle;

† *una cruz sola*, pequeña, advierte que no se da limosna;

□ *un cuadradito*, señala que el dueño *es duro de pelar;*

†† *dos cruces unidas ó acaballadas*, peligro probable.

△ *un triangulito*, la presencia de una señora de edad y caritativa.

□□ *dos cuadraditos* unidos ó entrelazados, dicen que la limosna sólo se consigue á fuerza de constancia.

En las poblaciones rurales de alguna importancia,

□ *un cuadrado*, sobre el cual hay una pequeña pala diagonal, anuncia que el pobre tiene que emplear algún tiempo y revestirse de paciencia antes de conseguir la limosna.

Observación curiosa:

En las ciudades no se encuentra nunca la pala, lo cual indica que el mendigo profesional de aquéllas está menos dispuesto al trabajo y que quiere obtener la limosna sin emplear tiempo ni fatiga.

Un año después

Suceso de tanta importancia como la vista del proceso instruído por la explosión de la bomba de la calle Mayor no podíamos dejar de anotarlo, siquiera demos de lado pormenores que han sido ya publicados por la prensa diaria.

Martínez.

Las tres figuras principales de este espantoso drama van unidas. Ferrer, por la intervención previa que se le atribuyó; Nakens, por la que posteriormente tuvo, y Soledad Villafranca, por el sello especial que sus manifestaciones nos producen, particularmente, descubriéndonos sentimientos ó pasiones de aquel monstruo cuyo paso por la vida debió ser algún error de la naturaleza, forman un grupo histórico que el mármol, el pincel y la pluma perpetuarán en el correr de los siglos, para la más extraña, variada y contradictoria contemplación de las generaciones.

Los demás, personajes secundarios, secuaces algunos declarados inconscientes, ahí quedan también como ejemplo vivo de lo que es la pasión ciega y de los extravíos á que conduce la idea política.

No ha respondido la pública expectación á la magnitud del drama, el mayor tal vez de los que los Tribunales españoles han juzgado en el pasado siglo; pero todavía ha sabido mantener fija la atención de todos y seguir con interés el curso de la vista.

En ella ha podido observarse lo de siempre: falta de entereza para testimoniar y para facilitar el juicio. Una nota valiente, decidida, resuelta, hubo tan sólo: la declaración del teniente coronel, jefe de la comandancia de la Guardia civil de Barcelona, D. Leoncio Ponte Llerondi, el cual sin eufemismos, sin rodeos ni ambages, expresó de modo leal y franco la opinión, que ha resultado equivocada, de que Morral había obrado de acuerdo y de concierto con el procesado Ferrer.

Mata.

En medio de las dudas, de los temores, de los sobresaltos corrientes, este rasgo viril, equivocado y todo, merece toda clase de alabanzas; así y no con egoístas temores es como se ayuda á resolver á los Tribunales y como se ilustra la opinión.

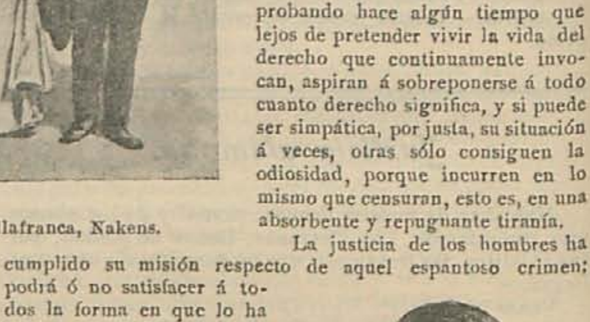


Ibarra.

Las sesiones se han deslizado con sencillez é imparcialidad plausibles; por eso es más inexplicable y por eso es más reprensible la actitud en que parecían colocadas las sociedades obreras de la Coruña, dispuestas á la huelga si los procesados resultaban condenados.

¿Qué concepto tendrán de la justicia, de la libertad de acción de los Tribunales, del principio de autoridad y de las funciones del Estado?





Ferrer, Soledad Villafranca, Nakens.

La enérgica resolución del Gobierno conminando con la disolución de las sociedades si aquella amenaza se realizaba, aun mereciendo nuestra alabanza, todavía nos parece poco; la coacción existía ya desde el momento en que la especie se lanzó y la coacción continuaba desde que la idea no se desechaba; toda contemplación con quienes tal abuso hacían del número y tal desconocimiento demostraban de las leyes y del respeto debido á la justicia, es esencialmente nociva.

Las sociedades obreras vienen probando hace algún tiempo que lejos de pretender vivir la vida del derecho que continuamente invocan, aspiran á sobreponerse á todo cuanto derecho significa, y si puede ser simpática, por justa, su situación á veces, otras sólo consiguen la odiosidad, porque incurren en lo mismo que censuran, esto es, en una absorbente y repugnante tiranía.

La justicia de los hombres ha cumplido su misión respecto de aquel espantoso crimen; podrá ó no satisfacer á todos la forma en que lo ha hecho; pero todos habrán de someterse á aquel fallo que dijo el poeta, el fallo de «El tribunal de Dios y el de la Historia».



Mayoral.

Cese ya la pasión; dejad que el tiempo, aclarando las cosas y dulcificando los hechos, diga sobre estos tristísimos que comentamos su última, su definitiva y suprema palabra. En tanto, tengamos para las víctimas una oración y una mirada compasiva para sus familias.

Consejos á los obreros huelguistas franceses por dos de sus jefes:

«Nada impide que cortéis cincuenta centímetros más de lo que os pidan de una pieza de tela ó que metais mano sobre cualquier objeto de vuestro gusto. Con eso no robais á nadie, no hacéis otra cosa que arruinar á vuestro patrón. Para un empleado de tienda de líquidos, lo de menos es servir un par de medidas más de lo justo en cada caso; lo que debe hacer es dejar abierta simplemente la espita y hacer que corra el contenido hasta empapar la tierra.»

Eso dicen los regeneradores.

Cada pueblo tiene su manera favorita de suicidarse.

Los italianos, ahogándose, igualmente que los japoneses. El inglés prefiere el cuchillo; los chinos, huyendo de los medios sangrientos, optan por envenenarse con el opio; el español emplea el arma de fuego.

Las capitales tienen también su característica. París utiliza el Sena especialmente por las modistas, mientras que los matrimonios viejos apelan á la asfixia por el carbón. Milán se envenena; Viena absorbe el cianuro, y Praga, el fósforo.

Instintos perversos.

París, la hermosa villa, frecuentemente obscurece su esplendor con actos repulsivos, que, sin que sean precisamente patrimonio exclusivo de la gran capital francesa, por repetirse con demasiada frecuencia, la dan un tinte nada envidiable.

Ultimamente, registraremos el siguiente repugnante suceso:

Una niña de cinco años, llamada Luisa Saint Aubin, hija de un honrado obrero de ferrocarriles, asistía á un colegio un tanto apartado de la población. Por las proximidades se paseaba M. Luis Thominet, un anciano, acompañado de su perro.

De pronto, llegan á sus oídos lamentos y voces pidiendo socorro; el anciano, seguido de su perro, acelera el paso, y desde un talud, próximamente á doscientos metros del camino, vió que un hombre, vestido de blusa negra huía velozmente. En tierra se hallaba, revolcada en su propia sangre, una niña, en quien reconoció á la hija de los esposos Saint-Aubin. La desdichada criatura tenía seis puñaladas, que el salvaje que huyó la había causado.

La causa no era otra que el que la niña se resistió, gritando, á que satisficiera en ella sus instintos, halagándola, primero, con bombones, que la inocente víctima rehusó.

Contra este género de crímenes se indignan hasta las conciencias más tolerantes, y pensamos que ya es llegada la hora de las ejemplaridades, y creemos también que hechas sin compasión con estas hienas, que han dado en llamar *degenerados*, se les volvería cuerdos, si se enteraran de que sin contemplaciones se les trataba, y que sobre ellos la justicia no era tardía.

Es triste condición la que acompaña á las capitalidades de las naciones tenidas por más civilizadas, porque es en ellas donde estos casos y otros análogos se reproducen.

Pero donde se repiten con demasiada frecuencia es en París, donde este hecho ha ocurrido, y cuantos medios empleen los Tribunales de la vecina República para acorralar á las fieras que así se producen, merecerán aplausos de la humanidad entera.

Resueltamente, los perros entran como elementos auxiliares de la Policía en todos los sitios donde ésta se halla bien organizada. Al reciente ensayo de Neuilly, de que en un número anterior dimos cuenta, hay que agregar ahora los de Nancy, Pont à-Monsson, Poitiers y Verdun. A este paso no habrá, dentro de poco, población alguna de importancia sin ellos.

***

Un soldado que en Tolon testimoniaba contra cierto bandido ha sido muerto en pleno Tribunal por dos amigos del acusado.

Estudios criminológicos.

III

La mayor parte de los malhechores de las ciudades son adolescentes; y hombre que á los diez y ocho años comete el primer delito, es hombre perdido para la sociedad.

Tienen su habitación en el arroyo y de allí salen para el robo y el asesinato. La ley de instrucción primaria obligatoria no se cumple, y por eso los muchachos, en lugar de permanecer en la escuela, viven en la calle, donde se pervierten.

Debería principiar la Policía por vigilar á estos jóvenes vagabundos, y la autoridad castigar á los padres cuyo abandono se probara, llevando, en caso preciso, á sus hijos á casas de educación donde la recibieran cumplidamente.

Cuando estas desventuradas criaturas fueran acusadas de algún acto criminal, el primer cuidado del juez debiera ser discernir si es delito ó no es más que un accidente, para aplicar una pequeña pena ó aun quizás en algún caso ninguna, pues el encierro, siquiera sea por poco tiempo, desmoraliza y coloca al condenado fuera de la consideración común.

El peligro radica en el reincidente. En este caso es preciso tratarlo con espíritu perspicaz y firme. Cualquiera que sea el delito, el juez debería pronunciar una pena indeterminada, como se hace en algunos sitios de los Estados Unidos. El individuo debe estar aislado del medio social. ¿Pero cuánto tiempo? No se trata de infligir solamente un castigo; trátase, en realidad, de retirar de la circulación un agente de desorden que ha manifestado resueltamente su voluntad de perturbarle. Científicamente el juez no sabe, entonces, al cabo de cuánto tiempo cesará de ser nocivo este individuo, porque, en realidad, parece algo ridículo pensar que un ladrón profesional que ha sido condenado á cinco años de presidio por herir á un robado que no se dejaba serlo, se convierta, por fenómeno misterioso, en un hombre honrado, precisamente al concluir el último mes de su detención.

La apreciación de tal asunto corresponde, en definitiva, á los que observen al condenado en el lugar donde se halla recluído, los cuales, por medio de certificado, deben expresar si se ha enmendado y puede salir sin peligro para la sociedad.

Dedúcese que la cárcel debe ser una casa de observación y de reforma, que ha de buscarse por medio de la higiene y de la pedagogía morales. Después de este leal ensayo, los incorregibles no tienen ya derecho á que nadie se ocupe de su reforma; si experimentan perturbaciones mentales bien comprobadas, un asilo especial debe ser su paradero; para los otros, la prisión pura y lisamente.

Pensemos, en primer término, en salvar á esos desgraciados hermanos que no han delinquido más que por defecto de educación y por miseria. Vamos á buscarlos en la adolescencia. Excusemos prudentemente su primer delito; esforzémonos en seguida en levantarlos, en establecer para ellos una vida normal. Pero si son incapaces de eso, ora por vicio voluntario, ora por impotencia, no pensemos ya más que en la salud pública, cuyas prescripciones deben ser clarividentes ó imperativas.



Pero en todas épocas los espíritus rectos se libran de estas pueriles supersticiones.

La simpatía que atraía á Dolores hacia José, y á la cual ella no buscaba causa sobrenatural, tenía alguna cosa de dulce y de consolador, y estaba exenta de toda especie de sugestión; de manera que se asemejaba á la amistad de una mujer para con otra. José perdía cerca de ella la rigidez, la gravedad del religioso, y Dolores la reserva algo embarazosa que inspira á una joven un hombre revestido del traje sacerdotal. Para ambos resultaba un encanto indecible.

—Mi buen José—le dijo la hija del gobernador, viéndole ponerse triste y pensativo—, me afligís hablándome de vos; este asunto es penoso para vos y jamás lo mentais sin que os deje una lastimera tristeza.

—Os engañais, querida Dolores, esto no es tristeza; ¿por qué me afligiría yo ahora? Ya os lo he dicho; mi vida está trazada de antemano: obedezco á una implacable fatalidad; ¿por qué queréis, pues, que me inquiete?

—José, vos me dais miedo; esos sentimientos no son cristianos.

—No hablemos de mí—respondió el joven dominico—, pensemos en vos, Dolores, en vos sola; aquella es la voluntad de Dios, yo soy el instrumento de que se servirá para libertaros, yo soy una víctima expiatoria. Cuando haya cumplido mi misión, podré volver á Dios con las manos llenas de bendiciones de mis hermanos, y entonces, si he pecado, ¿no tendré el derecho de gritar: ¡perdón! ¡perdón!, pues yo también he sido mártir, y el martirio es un bautismo que lava todas las manchas?

Hablando así, José se había animado, y una sombría exaltación inflamaba su hermoso rostro, y á no ser por el hábito, se le hubiera tomado por la hermosa cabeza de Judith.

Sentada Dolores en el suelo, con las dos manos juntas sobre sus rodillas, le escuchaba silenciosa; y mientras que sus grandes ojos húmedos seguían con una mirada atenta los movimientos de la fisonomía de José, silenciosas lágrimas corrían á lo largo de sus mejillas.

Tomó la mano del fraile, aquella mano blanca, fina, elegante, de una distinción exquisita, y la apretó afectuosamente entre las suyas.

—José—le dijo—¡mi buen José! ¿qué tenéis?

—Nada—respondió, vuelto en sí por estas palabras—: pienso en mi misión sobre la tierra, libertar á los que sufran. Esto es todo.

—¿Esteban volverá pronto?—preguntó la joven procurando distraer las tristes ideas que asaltaban al fraile al hablarle de sí misma.

—Antes de ocho días, tal vez—repondió José—: sabré su llegada al momento, y seguramente podré daros buenas noticias. Confío mucho en el influjo de Juan de Avila con el rey.

Aquí debemos seguramente explicar cómo José supo el viaje de Esteban y del apóstol. Nuestros lectores recordarán que en su última entrevista en la casita morisca, José había encomendado á Coco que siguiera los pasos de Esteban, y le diese cuenta de ellos. El tabernero de la «Buenaventura» fué pues, quien instruyó á José; á Coco había también Juan de Avila encargado que noticiara su marcha á Dolores para tranquilizarla. Desgraciadamente, en medio del deseo de salvar á su padre, no tuvo paciencia de aguardar, y la imprudencia la había entregado al Santo Oficio.

—Es preciso separarnos—dijo por fin José viendo á la presa algo tranquilizada—; seamos prudentes, á fin de permanecer fuertes.

—¡Oh! aún no—exclamó ella cogiéndose al hábito del joven dominico—, aún no, padre José; bien conocéis que voy á volver á mis horribles temores, á volverme insensata...

Estas palabras «es preciso separarnos» la habían súbitamente conducido al amargo sentimiento de su soledad. Sus nervios, algo calmados por los consuelos de la amistad, sufrieron una reacción dolorosa. Su imaginación se llenó de espectros y de fantasmas, tristes efectos de un cautiverio tan cruelmente combinado, que hacía sufrir todos los sentidos á la vez, obrando siempre de un modo terrible en el cerebro.

—¡José, José! ¡no me dejéis!—decía la joven con voz ahogada—; ya véis que voy á morir aquí. ¡Oh! llevadme, llevadme con vos; metedme, si queréis, en un calabozo; pero no aquí, no aquí!...

Agarrábase desatinada á las rodillas de José. La fuerte organización moral de aquella joven tan pura, tan piadosa y sacrificada, sucumbía á los terribles efectos del régimen celular.

José la levantó dulcemente, vertióle en su ardiente rostro algunas gotas de agua que había en un vaso que le servía para beber, y con su mano fresca y cariñosa recorrió con dulzura varias veces su frente de una á otra sien: sin duda por un efecto magnético, aquel reiterado contacto pareció calmar á la infeliz cautiva.

—Idos, estaré tranquila—dijo cerrando los ojos, porque tenía miedo de mirar alrededor suyo.

En aquel momento llamaron á la puerta de la celda.

—Adelante—dijo el fraile, tomando al lado de la presa arrodillada, la actitud de un confesor cerca de su penitente.

Era el carcelero que traía la cama de Dolores.

—La presa se ha sometido—dijo el dominico—; por lo tanto, le dejaréis la cama durante el día.

—Vuestra reverencia será odedecido—respondió el carcelero.

—Adiós, hermana mía—prosiguió José; é inclinándose hacia la joven, añadió en voz baja—: pronto volveré—y salió.

Dolores quedó arrodillada en la obscuridad, con la cabeza caída sobre el pecho.

Traslademos ahora á nuestros lectores al palacio de Carlos V en Madrid.

XXIV

Madrid.

En una alegre y fresca mañana de mayo seguían dos viajeros el camino que conduce de la Mancha á Madrid. Ya sobre el plano inclinado en que está situada, columbraban la real villa que erguía en los aires, como un bosque de mástiles, sus mil campanarios agudos dominados por las altas cúpulas de San Isidro y de San Francisco. Ya apercibían al occidente de Madrid la ermita del santo labrador, pequeña capilla en grande veneración entre los madrileños, á causa de los numerosos milagros que allí se hacían. Poético edificio que dibujando á lo lejos en el azul subido del cielo su silueta graciosa y aérea, asemejábase más bien á un capricho de la imaginación ó á una fantasía de óptica, que á una antigua habitación de labradores convertida en capilla por la devoción pública.

Pronto atravesaron el puente de Toledo, admirable monumento romano puesto sobre el Manzanares; triste río que serpentea en medio de una llanura aun más triste; después, trepando la cuesta algo escabrosa del camino, llegaron delante del matadero ó escuela de los toreros. Detuviéronse allí algunos minutos para gozar de aquel punto de vista; y en vano buscaron alrededor suyo esas vivientes huellas, vestigios de la civilización que anuncian la proximidad de un gran pueblo,

aquel rico cultivo, aquella vegetación variada que atestiguan que no ha faltado á la tierra la mano del hombre, y que por todas partes la industria ha previsto las necesidades: á lo lejos, alrededor de la capital de las Castillas, y encerrándola como un cinto, se presentaba la desnudez del desierto: un suelo rojo blanquizco sembrado de agudas piedras, que á los ardientes rayos del sol parecían disolverse en impalpable polvo.

—¡Oh tristeza y desnudez!—exclamó Juan de Avila—; ¿no parece esto un inmenso cementerio que arroja de su seno innumerables huesos?

—Sí—respondió Esteban—, ¡la muerte en donde debería palpitar la vida! .. ¡La ociosidad de los brazos tan grande como la de la inteligencia!

—No—prosiguió el apóstol—, la vida que se agita en el fondo de la tumba para levantar el peso que la oprime; la vida que sin saberlo ella misma, tiende siempre á producirse al exterior, porque tiene horror á las tinieblas...

—Y las tinieblas la han vencido, padre mío; por todo la veis desfallecida, desesperar de sí misma como uno ha desesperado de ella. Siempre veis el mismo silencio. En Madrid, como en Sevilla, una fúnebre tristeza, una horrible falta de ruído: sólo el sordo murmullo de los gusanos en una sepultura, ahogados gemidos bramando penosamente en el fondo de los corazones; y en la superficie una muda desolación. ¿Es esto la vida de una gran nación?

—Esteban—dijo el religioso—, cuando en medio del invierno contemplais un árbol desnudo y árido que parece muerto, ¿os acordais acaso, de que, bajo aquella corteza anegrada y negruzca que no revela ninguna señal de vegetación, circula como una savia ardiente y generosa, que con los primeros rayos del sol cubrirá sus despobladas ramas de un rico vellón de ramaje? Lo mismo acontece con España. Aguardad que brille para ella el sol de la ciencia y de la libertad, y veréis cuánta sobreabundancia de savia y de vida hay oculta bajo las insignias de la muerte, y cómo esos corazones ardientes, hoy comprimidos, saldrán á los primeros resplandores de una era nueva, de una regeneración completa.

—¡Dios os oiga!—respondió Esteban con aire exaltado, y en aquel instante llegaron á la puerta de Toledo.

Esta principal entrada de la villa de Madrid, que hoy día es un hermoso monumento de piedra, era simplemente entonces una ancha puerta de madera, dividida de dos hojas, cerrada con una pesada tranca que no parecía sino la puerta de una granja.

Pasáronla los viajeros y entraron en la calle de Toledo, la cual era una de las más hermosas de la villa en aquella época, y se componía casi enteramente en aquel lugar de numerosos mesones, únicos edificios que se encontraban hasta la plazuela de la Cebada, que terminaba dignamente estas dos largas hilas de mesones.

Al llegar á esta plaza, Esteban sorprendióse al ver el número de personas de todos sexos y edades que llenaban las avenidas. Con todo, á pesar de esta afluencia, no se oían esos gritos chillones y discordes que hay de ordinario en las reuniones populares; era más bien un murmullo sordo, expresión de terror y de piedad, mezclado con cierto recogimiento.

—¿Qué significa esa reunión de pueblo?—preguntó Esteban sorprendido.

—Sin duda es una ejecución—dijo Juan de Avila—; un desgraciado á quien reclama la justicia humana.

(Continuará.)

No fiarse de las mujeres de peso.

Cuando os recomienden (nos referimos á aquellos de nuestros lectores que, por su fortuna, no hayan oído de cerca la epístola de San Pablo) que elijais por esposa una mujer sesuda, de las llamadas de peso, no os fiéis, que hasta éstas tienen sus quiebras.

En la patria de los despropósitos, en los Estados Unidos, vive una jamona, mistress Mary Tumble, y la tal *yanka* pesa *solamente* 180 kilos.

Esta sílfide se dedicaba á patinar en un gran salón de este *sport*, acompañada de su octavo marido. Y, léasenos bien, no es que tuviera ocho, sino que el actual hace ese número, por fallecimiento sucesivo de siete infelices que le precedieron en el nada envidiable papel de cónyuge de los susodichos 180 kilos.

Un esposo de una señora así nada tiene de particular que no esté bien equilibrado, y esto es lo que sucedió, que perdió el equilibrio, cayó al suelo, y como fuera seguido de cerca por casi una tonelada de esposa, ésta, tropezando con él, cayó al suelo; decimos mal, porque al suelo no fué, y mejor fuera que así hubiera sucedido, porque donde dió con su humanidad, si es que puede ser humano tener de peso 180 kilos, aunque sea yanqui, fué encima de su marido, á quien aplastó en su caída, fracturándole la nariz.

El pobre hombre está inconsolable por la pérdida total de sus narices; pero aún tiene que dar gracias á Dios, que salió vivo del lance.

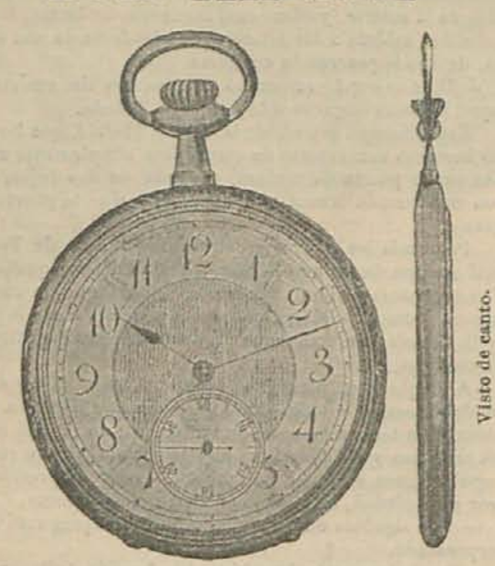
No lo cuenta así su antecesor, séptimo marido, á quien mató inconscientemente la pesada *yanka*. El lance fué curioso: con su peso rompió un muelle de la cama, y plegándose ésta de manera fatal, causó la muerte al séptimo de tanda.

Ya, lector, que estás avisado, reflexiona sobre los inconvenientes de elegir esposa que pase de un peso prudencial.

Gran Relojería de París.

LUIS THIERRY

Fuencarral, 59.—Madrid.

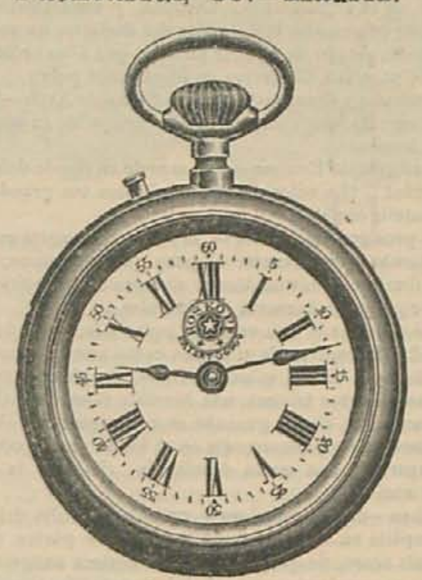


Nuevo reloj.

La novedad presentada por el Sr. Thierry, obtendrá seguramente extraordinaria aceptación.

El reloj **Victoria** es de metal blanco, forma Luis XV, con la corona chapeada de oro, modernista, extraplano, casi del canto de un duro, de rica ornamentación al dorso, incrustada en esmalte sobre fondo negro; esfera dorada, canto artísticamente cincelado y maquinaria perfecta, **28 pesetas.**

En 4 plazos.



El reloj Roskopf Patent, garantizado.

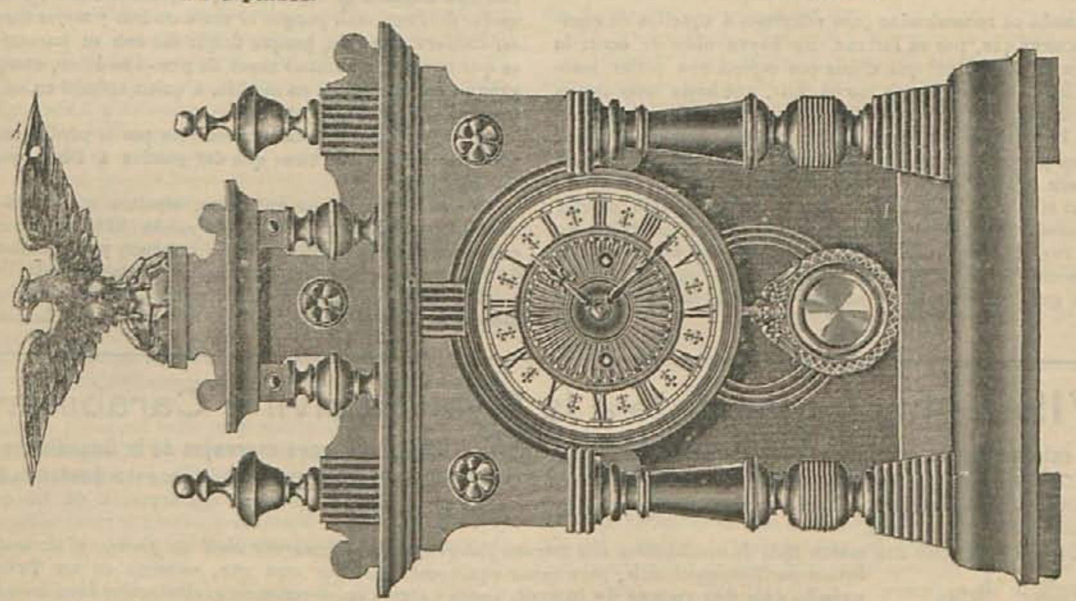
Verdadero y legítimo.

En tapa acero con asa chapeada oro, **35 pesetas.**

En níquel puro, mismo precio.

Idem en extraplano, gran novedad, **40 pesetas.**

En 5 plazos.



¡Novedad! EL ELEGANTE

Magnífico reloj de sobremesa; altura, 60 centímetros; madera chapeada nogal; buena máquina, 30 horas cuerda; sonería de horas y medias, con despertador muy fuerte.—**36 pesetas**, franco de porte y embalaje.

En 5 plazos mensuales.

Advertencia.—Todos los relojes de la Casa van acompañados de su estuche con la marca LUIS THIERRY, quien los mandará certificados, con aumento de 1,50 los de caballero y una peseta los de señora. Va franco de porte y embalaje; los relojes de pared ó sobremesa, hasta la estación más próxima.—**No olvidar de indicar la estación para evitar errores ó retraso en los pedidos. Los pedidos á L. Thierry, calle de Fuencarral, 59, Madrid. Apartado de Correos núm. 364.**

MADRID.—Imp. de R. Rojas, Campomanes, 8.—Teléfono 316